

UN MISTERIO COZY DE LACEY DOYLE – LIBRO 3

PUERTO MARINO

CRIMEN

EN EL

CAFÉ

FIONA GRACE

Un misterio cozy de Lacey Doyle

Fiona Grace

Crimen en el café

«Lukeman Literary Management Ltd»

Grace F.

Crimen en el café / F. Grace — «Lukeman Literary Management Ltd», — (Un misterio cozy de Lacey Doyle)

ISBN 978-1-09-434590-1

CRIMEN EN LA CAFÉ (UN MISTERIO COZY DE LACEY DOYLE — LIBRO 3) es el libro número tres de la nueva y fascinante serie de misterios cozy de Fiona Grace. . Lacey Doyle, de 39 años y recién divorciada, ha hecho un cambio drástico: se ha marchado de su vida rápida en la ciudad de Nueva York y se ha instalado en la pintoresca ciudad costera de Wilfordshire... El verano ya casi está aquí, y Lacey se ha enamorado más de la ciudad y de su novio chef. Incluso ha hecho una mejor amiga: la nueva propietaria de un B&B. Y cuando su amiga necesita sus servicios para la decoración del hotel, comprando casi todo lo de la tienda de antigüedades de Lacey, su negocio tiene un empujón extra. . Todo va perfectamente —hasta que alguien muere misteriosamente en el nuevo B&B de su amiga... El pueblo del revés y el sustento de su amiga en peligro, a Lacey y a su perro les toca llegar al fondo del misterio... ¡El libro #4 también está disponible!

ISBN 978-1-09-434590-1

© Grace F.

© Lukeman Literary Management Ltd

Содержание

CAPÍTULO UNO	7
CAPÍTULO DOS	15
CAPÍTULO TRES	21
CAPÍTULO CUATRO	29
Конец ознакомительного фрагмента.	33

Fiona Grace

CRIMEN EN EL CAFÉ

CRIMEN EN EL CAFÉ

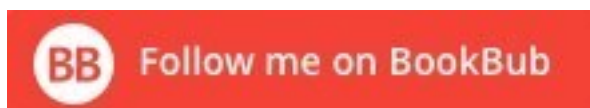
(Un misterio cozy de Lacey Doyle — Libro tres)

FIONA GRACE

Fiona Grace

La escritora debutante Fiona Grace es la autora de la serie UN MISTERIO COZY DE LACEY DOYLE, que incluye ASESINATO EN LA MANSIÓN (Libro 1), LA MUERTE Y UN PERRO (Libro 2), CRIMEN EN EL CAFÉ (Libro 3), ENOJADO EN UNA VISITA (Libro 4) y MUERTO CON UN BESO (Libro 5). Fiona también es la autora de la serie UN MISTERIO COZY EN EL VIÑEDO DE LA TOSCANA.

A Fiona le encantaría saber tu opinión, así que por favor visita www.fionagraceauthor.com para recibir *ebooks* gratis, oír las últimas noticias y estar en contacto.



Copyright © 2020 de Fiona Grace. Todos los derechos reservados. A excepción de lo permitido bajo el Acta de Copyright de EE.UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida bajo ninguna forma o medio, ni almacenada en bases de datos o sistemas de recuperación, sin la autorización previa del autor. Este ebook sólo tiene licencia para tu disfrute personal. Este ebook no puede revenderse ni ser entregado a terceras personas. Si quieres compartir este libro con otra persona, por favor compra una copia adicional para cada destinatario. Si estás leyendo este libro y no lo has comprado, o si no fue comprado únicamente para tu uso, por favor devuélvelo y adquiere tu propia copia. Gracias por respetar el trabajo duro de este autor. Esto es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son o bien producto de la imaginación del autor o usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Copyright de la imagen de la portada canadastock, usada bajo licencia de Shutterstock.com.

LIBROS ESCRITOS POR FIONA GRACE

UN MISTERIO COZY DE LACEY DOYLE

ASESINATO EN LA MANSIÓN (Libro #1)

LA MUERTE Y UN PERRO (Libro #2)

CRIMEN EN EL CAFÉ (Libro #3)

UN MISTERIO COZY EN LOS VIÑEDOS DE LA TOSCANA

MADURO PARA EL ASESINATO (Libro #1)

MADURO PARA LA MUERTE (Libro #2)

MADURO PARA EL CAOS (Libro #3)

CAPÍTULO UNO

—¡Oye, Lacey!—llegó la voz de Gina desde la trastienda de la tienda de antigüedades—. Ven aquí un momento.

Lacey colocó suavemente el candelabro de latón antiguo que había estado puliendo en el mostrador. El suave golpe que emitió hizo que Chester, su pastor inglés, levantara la cabeza.

Había estado durmiendo en su lugar habitual, estirado en los tablones del suelo junto al mostrador, bañado por un rayo de sol de junio. Incluyó sus ojos marrones oscuros hacia Lacey, y sus cejas peludas se movieron con evidente curiosidad.

—Gina me necesita—le dijo Lacey, su expresión perceptiva siempre la hacía sentir como si pudiera entender cada palabra que decía—. Mantén un ojo en la tienda y ladra si algún cliente entra. ¿Entendido?

Chester gimió su reconocimiento y hundió su cabeza en sus patas.

Lacey se dirigió a través del arco que separaba la tienda principal del gran, recientemente convertido, salón de subastas. Tenía la forma de un vagón de tren, largo y estrecho, pero el techo se extendía alto como el de una iglesia.

Lacey amaba esta sala. Pero también amaba todo lo relacionado con su tienda, desde la sección de muebles retro que había usado con sus conocimientos como asistente de diseñadora de interiores a curadora de la ciudad de Nueva York, hasta el huerto de atrás. La tienda era su orgullo y alegría, aunque a veces sentía que le traía más problemas de los que valía.

Entró por el arco, y una cálida brisa entró por la puerta trasera abierta, trayendo consigo olores fragantes del jardín de flores que Gina había estado cultivando. Pero la mujer no estaba en ninguna parte.

Lacey escudriñó la sala de subastas, y dedujo que Gina debía estar llamándola desde el jardín, y se dirigió en dirección a las puertas francesas abiertas. Pero a medida que avanzaba, escuchó un ruido de arrastre que venía del pasillo de la izquierda.

El pasillo albergaba las partes más antiestéticas de su tienda: la oficina llena de archivadores y la caja fuerte de acero; la zona de la cocina donde residían su fiel tetera y su variedad de bebidas con caféina; el baño (o “retrete” como lo llamaban todos en Wilfordshire), y el almacén de cajas.

—¿Gina?—Lacey llamó a la oscuridad—. ¿Dónde estás?

—¡Aquí!—llegó la voz de su amiga, apagada como si tuviera la cabeza dentro de algo. Conociendo a Gina, probablemente así sería—. ¡Estoy en el almacén!

Lacey frunció el ceño. No había razón para que Gina estuviera en el almacén. Una condición para que Lacey la empleara era que no se esforzara demasiado con ningún trabajo pesado. Pero, ¿cuándo escuchó Gina algo de lo que decía Lacey?

Con un suspiro, Lacey bajó por el pasillo y entró en el almacén. Encontró a Gina agachada frente a la estantería, con su cabello gris apilado sobre su cabeza en un moño arreglado con un coletero de terciopelo púrpura.

—¿Qué estás haciendo aquí?—Lacey le preguntó a su amiga.

Gina giró la cabeza para mirarla. Recientemente había invertido en un par de gafas de montura roja, afirmando que estaban “de moda en Shoreditch” (aunque el motivo por el que una pensionista de sesenta años tomaría los consejos de moda de los jóvenes de moda de Londres estaba fuera de la comprensión de Lacey) y se deslizaron por su nariz. Usó un dedo índice para empujarlos a su sitio, y luego señaló una caja de cartón oblonga en el estante frente a ella.

—Hay una caja sin abrir aquí—anunció Gina. Luego, con un tono conspirativo, añadió—: Y el matasellos dice que es de España.

Lacey sintió inmediatamente que sus mejillas se calentaban. El paquete era de Xavier Santino, el apuesto coleccionista de antigüedades españolas que había asistido a su subasta de temática náutica

el mes anterior, en un intento de reunir la colección de reliquias perdidas de su familia. Junto con Lacey, había terminado siendo sospechoso del asesinato de un turista americano. Se hicieron amigos durante la dura experiencia, y su vínculo se cimentó aún más por la conexión coincidente de Xavier con su padre desaparecido.

—Es solo algo que Xavier me envió—dijo Lacey, tratando de olvidarlo—. Sabes que me está ayudando a reunir información sobre la desaparición de mi padre.

Gina se levantó de su posición encucillada, con las rodillas crujiendo, y miró a Lacey con una mirada sospechosa—. Sé muy bien lo que se supone que está haciendo—dijo, con las manos en las caderas—. Lo que no entiendo es por qué te está enviando regalos. Es el tercero de este mes.

—¿Regalos?—Lacey respondió a la defensiva, captando la insinuación de Gina—. Un sobre lleno de recibos de la tienda de mi padre durante el viaje de Xavier a Nueva York difícilmente constituye un regalo a mis ojos.

La expresión de Gina quedó perpleja. Dio un golpecito con el pie—. ¿Qué pasa con el cuadro?

En su mente, Lacey imaginó el óleo de un barco en el mar que Xavier le había enviado la semana pasada. Lo había colgado sobre la chimenea de su sala de estar en Crag Cottage.

—Es el tipo de barco que su tatarabuelo capitaneó—le dijo a Gina, a la defensiva—. Xavier lo encontró en un mercado de pulgas y pensó que podría gustarme. —se encogió de hombros, tratando de restarle importancia.

—Huh—gruñó Gina, con los labios apretados en línea recta—. *Vi esto y pensé en ti*. Ya sabes cómo aparenta eso para un extraño...

Lacey resopló. Había llegado al final de su paciencia—. Lo que sea que estés insinuando, ¿por qué no lo dices?

—Bien—respondió su amiga con audacia—. Creo que hay más en el regalo de Xavier de lo que estás dispuesta a aceptar. Creo que le gustas.

Aunque Lacey había adivinado que su amiga lo estaba insinuando, se sintió ofendida al escucharla hablar tan claramente.

—Soy perfectamente feliz con Tom—argumentó, el ojo de su mente evocando una imagen del magnífico panadero de amplia sonrisa que tenía la suerte de llamar su amante—. Xavier solo intenta ayudar. Me prometió que lo haría cuando le diera el sextante de su bisabuelo. Solo está inventando un drama donde no lo hay.

—Si no hay drama—respondió Gina con calma—entonces ¿por qué escondes el paquete de Xavier en el estante inferior del armario de almacenamiento?

Lacey vaciló momentáneamente. Las acusaciones de Gina la habían tomado desprevenida y la habían dejado nerviosa. Por un momento, olvidó la razón por la que había guardado el paquete después de firmar la entrega, en lugar de abrirlo de inmediato. Entonces recordó que el papeleo se había retrasado. Xavier había dicho que tenía que firmar un certificado de acompañamiento, así que decidió guardarlo por el momento en caso de que accidentalmente violara alguna ley británica que aún no había aprendido. Con todo el tiempo que la policía había terminado husmeando su tienda, ¿no podía ser demasiado cuidadosa!

—No lo estoy ocultando—dijo Lacey—. Estoy esperando que llegue el certificado.

—¿No sabes lo que hay dentro?—preguntó Gina—. ¿Xavier no te dijo lo que era?

Lacey sacudió la cabeza.

—¿Y no preguntaste?—le preguntó su amiga.

De nuevo, Lacey sacudió la cabeza.

Entonces notó que la mirada de acusación en los ojos de Gina comenzaba a desvanecerse. En cambio, estaba siendo superada por la curiosidad.

—¿Crees que podría ser algo...—Gina bajó la voz—. ...ilegal?

A pesar de estar segura de que Xavier no le había enviado algún artículo prohibido, Lacey estaba más que feliz de desviar el tema de su regalo, así que le siguió la corriente.

—Podría ser—dijo.

Los ojos de Gina se abrieron aún más—. ¿Qué tipo de cosa?—preguntó, sonando como una niña asombrada.

—Marfil, por ejemplo—le dijo Lacey, recordando sus estudios de los artículos que eran ilegales de vender en el Reino Unido, antigüedades o de otro tipo—. Cualquier cosa hecha de la piel de una especie en peligro de extinción. Tapicería hecha con tela que no es ignífuga. Obviamente armas...

Todos los indicios de sospecha ahora dejaron vacía la expresión de Gina; el “drama” sobre Xavier se olvidó en un abrir y cerrar de ojos con la posibilidad de algo mucho más excitante, como que hubiera un arma dentro de la caja.

—¿Un arma?—repitió Gina, un pequeño chillido en su voz—. ¿No podemos abrirla y ver?

Se veía tan emocionada como un niño al lado del árbol en Nochebuena.

Lacey dudó. Estaba emocionada por mirar dentro del paquete desde que había llegado por mensajería especial. Debía haberle costado a Xavier un brazo y una pierna enviarlo desde España, y el embalaje también estaba elaborado; el grueso cartón era tan resistente como la madera, y todo estaba fijado con grapas de tamaño industrial y atado con cintas de seguridad. Lo que había dentro era obviamente muy valioso.

—Bien—dijo Lacey, sintiéndose rebelde—. ¿Qué daño puede hacer una mirada?

Metió una hebra rebelde de su flequillo oscuro detrás de su oreja y cogió el cúter. Lo usó para cortar las cintas de seguridad y sacar las grapas. Luego abrió la caja y tamizó el embalaje de poliuretano.

—Es un estuche—dijo, tirando del mango de cuero y sacando un pesado estuche de madera. Los trozos de poliuretano revoloteaban por todas partes.

—Parece el maletín de un espía—dijo Gina—. Oh, no crees que tu padre era un espía, ¿verdad? ¡Quizás uno ruso!

Lacey puso los ojos en blanco mientras colocaba el pesado estuche en el suelo—. Puede que haya considerado muchas teorías extravagantes sobre lo que le pasó a mi padre a lo largo de los años—dijo, haciendo clic en las presillas del estuche una tras otra—. Pero el espía ruso nunca ha sido una de ellas.

Levantó la tapa y miró dentro del estuche. Jadeó al ver lo que contenía. Un hermoso mosquete de caza antiguo.

Gina empezó a toser y a atragantarse—. ¡No puedes tener esa cosa aquí! Dios mío, probablemente no puedas tenerlo en Inglaterra, ¡y punto! ¿En qué demonios estaba pensando Xavier al enviarte esto?

Pero Lacey no estaba escuchando el arrebató de su amiga. Su atención estaba centrada en el mosquete. Estaba en excelente forma, a pesar de que debía tener más de cien años.

Cuidadosamente, Lacey lo sacó de la caja, sintiendo su peso en sus manos. Había algo familiar en él. Pero nunca había sostenido un mosquete, mucho menos disparado uno, y a pesar de la extraña sensación de déjà vu que se había extendido a través de ella, no tenía recuerdos concretos que adjuntar a ella.

Gina comenzó a agitar sus manos—. Lacey, ¡devuélvelo! ¡Devuélvelo! Siento haberte hecho sacarla. No creí que fuera un arma.

—Gina, cálmate—le dijo Lacey.

Pero su amiga no paraba—. ¡Necesitas una licencia! ¡Incluso podrías estar cometiendo un delito al tenerla en este país! ¡Las cosas son muy diferentes aquí que en los Estados Unidos!

El chirrido de Gina llegó a un tono alto, pero Lacey la dejó. Había aprendido que no había manera de convencer a Gina de que dejara de sus ataques de pánico. Al final, siempre seguían su curso. Eso, o Gina se cansaba.

Además, la atención de Lacey estaba demasiado absorta por el hermoso mosquete como para prestarle atención. Estaba hipnotizada por la extraña sensación de familiaridad que había despertado en ella.

Miró por el cañón. Sintió el peso del mismo. La forma que tenía en sus manos. Incluso su olor. Había algo maravilloso en el mosquete, como si siempre hubiera estado destinado a pertenecerle.

Justo entonces, Lacey se dio cuenta del silencio. Gina finalmente había dejado de despotricar. Lacey la miró.

—¿Has terminado?—preguntó, con calma.

Gina seguía mirando el mosquete como si fuera un tigre de circo fuera de su jaula, pero asintió lentamente.

—Bien—dijo Lacey—. Lo que intentaba decirte es que no solo he hecho mis deberes sobre las leyes del Reino Unido sobre la posesión y uso de armas de fuego, sino que tengo un certificado para comercializar legalmente las antiguas.

Gina hizo una pausa, un pequeño y perplejo ceño fruncido apareció en el espacio entre sus cejas—. ¿Lo tienes?

—Sí—le aseguró Lacey—. Cuando estaba tasando el contenido de la Mansión Penrose, la propiedad tenía una colección completa de mosquetes de caza. Tuve que solicitar una licencia inmediatamente para poder realizar la subasta. Percy Johnson me ayudó a organizarlo todo.

Gina frunció los labios. Llevaba la expresión de una madre sustituta—. ¿Por qué no sabía nada de esto?

—Bueno, no trabajabas para mí en ese entonces, ¿verdad? Solo eras la señora de al lado cuyas ovejas seguían invadiendo mi propiedad. —Lacey se rió del grato recuerdo de su primera mañana despertando en Crag Cottage y encontrando un rebaño de ovejas comiendo su hierba.

Gina no devolvió la sonrisa. Parecía estar de un humor obstinado.

—Aun así—dijo, cruzando los brazos—tendrás que registrarlo en la policía, ¿no? Que lo registren en la base de datos de armas de fuego.

Al mencionar a la policía, una imagen del rostro severo y sin emociones del Superintendente Karl Turner apareció en la mente de Lacey, seguida rápidamente por el rostro de su estoica compañera, la Detective Inspectora Beth Lewis. Ella había tenido suficientes encuentros con los dos como para durar toda la vida.

—En realidad, no—le dijo a Gina—. Es una antigüedad y no está en funcionamiento. Eso significa que está clasificado como un adorno. Te lo dije, ¡ya hice mi tarea!

Pero Gina no se lo tragó. Parecía decidida a encontrarle un fallo al asunto.

—¿No está en condiciones de funcionar?—repitió—. ¿Cómo lo sabes con seguridad? Creí que habías dicho que el papeleo se había retrasado.

Lacey dudó. Gina la tenía. Aún no había visto el papeleo, así que no podía estar cien por cien segura de que el mosquete no funcionara. Pero no había municiones incluidas en el maletín, por una parte, y Lacey confiaba en que Xavier no le enviaría un arma cargada a través del sistema postal.

—Gina—dijo en voz firme pero definitiva—te prometo que lo tengo todo bajo control.

La afirmación salió fácilmente de la boca de Lacey. No lo sabía en ese momento, pero eran palabras de las que pronto se arrepentiría de haberlas pronunciado.

Gina pareció ceder, aunque no parecía muy feliz por ello—. Bien. Si dices que lo tienes cubierto, entonces lo tienes cubierto. ¿Pero por qué Xavier te enviaría una maldita *pistola* de entre todas las cosas?

—Esa es una buena pregunta—dijo Lacey, preguntándose de repente lo mismo.

Metió la mano en el paquete y encontró un trozo de papel doblado en el fondo. Lo sacó. La insinuación de Gina de que Xavier tenía algo más que una amistad en mente la hizo sentir incómoda al instante. Aclaró su garganta mientras desplegaba la carta y la leía en voz alta.

Querida Lacey,

Como sabes, estuve en Oxford recientemente...

Se detuvo, sintiendo que la mirada de Gina se agudizaba, como si su amiga la juzgara en silencio. Sintiendo que sus mejillas se calentaban, Lacey maniobró la carta para bloquear a Gina de la vista.

Como sabes, estuve en Oxford recientemente buscando las antigüedades perdidas de mi bisabuelo. Vi este mosquete, y me refrescó la memoria. Tu padre tenía un mosquete similar a la venta en su tienda de Nueva York. Hablamos de ello. Me dijo que recientemente había estado en un viaje de caza en Inglaterra. Fue una historia divertida. Dijo que no lo sabía, pero que era temporada baja durante su viaje, así que solo podía cazar conejos legalmente. Investigué las temporadas de caza en Inglaterra, y la temporada baja es durante el verano. No recuerdo que dijera Wilfordshire por su nombre, pero ¿recuerdas que dijiste que allí pasaba las vacaciones de verano? ¿Quizás hay un grupo de caza local? ¿Tal vez lo conozcan?

Tuyo, Xavier.

Lacey evitó el escrutinio de Gina mientras doblaba la carta. La mujer mayor ni siquiera necesitó hablar para que Lacey supiera lo que estaba pensando... ¡que Xavier podría haberle hablado del recuerdo en un mensaje de texto, en lugar de ir tan lejos como para enviarle un mosquete! Pero a Lacey no le importaba realmente. Estaba más interesada en el contenido de la carta que en las posibles nociones románticas de las acciones de Xavier.

Así que su padre disfrutaba de la *caza* durante sus veranos en Inglaterra, ¿verdad? ¡Eso era nuevo para ella! Más allá del hecho de que no tenía recuerdos de que él tuviera un mosquete, no podía imaginar que su madre estuviera de acuerdo con eso. Era extremadamente aprensiva. Se ofendía fácilmente. ¿Por eso había viajado a otro país para hacerlo? Pudo haber sido un secreto que le ocultó a su madre por completo, un placer culpable al que solo se entregaba una vez al año. O tal vez había venido a Inglaterra a cazar por la compañía que tenía aquí...

Lacey recordó a la bella mujer de la tienda de antigüedades, la que había ayudado a Naomi después de que rompiera el adorno, la que se habían vuelto a encontrar en las calles, cuando el brillo del sol detrás de su cabeza había oscurecido sus rasgos. La mujer con el suave acento inglés y el olor fragante. ¿Podría haber sido ella la que introdujo a su padre en el hobby? ¿Era un pasatiempo que compartían?

Agarró su celular para enviarle un mensaje a su hermana menor, pero solo llegó a escribir, “¿Papá tenía armas...” cuando fue interrumpida por los saltitos de Chester para llamar su atención. La campana de la puerta principal debía haber sonado.

Devolvió el mosquete a su caja, cerró los cerrojos y volvió a la tienda.

—¡No puedes dejar eso tirado!—gritó Gina, pasando de la sospecha a la fase de pánico en un instante.

—Ponlo en la caja fuerte entonces, si te preocupa tanto—dijo Lacey sobre su hombro.

—¿Yo?—escuchó a Gina exclamar estridentemente.

Aunque ya estaba a mitad de camino en el corredor, Lacey hizo una pausa. Suspiró.

—¡Estaré con usted en un minuto!—gritó en la dirección que había estado yendo.

Entonces se dio la vuelta, volvió al almacén y recogió el estuche.

Mientras lo llevaba pasando a Gina, la mujer mantuvo su mirada cautelosa fija en él y retrocedió como si pudiera explotar en cualquier momento. Lacey se las arregló para esperar a que pasara por completo antes de poner los ojos en blanco ante la reacción demasiado dramática de Gina.

Lacey llevó el mosquete a la gran caja fuerte de acero donde estaban guardados sus objetos más preciados y caros, y lo aseguró dentro. Luego se dirigió de nuevo al pasillo, donde una Gina de aspecto manso la siguió hasta la tienda. Al menos ahora que el arma estaba fuera de la vista, finalmente dejó de graznar.

De vuelta en la tienda principal, Lacey esperaba ver a un cliente revisando uno de los estantes de la tienda. En su lugar, fue recibida por la muy inoportuna visión de Taryn, su némesis de la tienda de al lado.

Taryn se giró sobre sus delgados tacones al oír los pasos de Lacey. Su corte de hada marrón oscuro estaba cubierto de tanto gel que ni un solo pelo se movía de su sitio. A pesar del brillante sol de junio, estaba vestida con su firma LBD, y mostraba cada ángulo agudo de su huesuda figura fashionista.

—¿Sueles dejar a tus clientes sin supervisión y sin ayuda durante tanto tiempo?—preguntó Taryn, con orgullo.

Desde el lado de Lacey vino el sonido de un bajo gruñido de Chester. Al pastor inglés no le importaba para nada la presumida comerciante. Tampoco a Gina, que emitió su propio gruñido antes de ocuparse del papeleo.

—Buenos días, Taryn—dijo Lacey, forzándose a una disposición cordial—. ¿Cómo puedo ayudarte en este hermoso día?

Taryn le mostró sus ojos estrechos a Chester, luego cruzó sus brazos y fijó su mirada de halcón en Lacey.

—Ya te lo dije—dijo ella—. Soy un cliente.

—¿Tú?—Lacey respondió demasiado rápido para ocultar su incredulidad.

—Sí, *en realidad*—Taryn respondió secamente—. Necesito una de esas cosas tipo lámpara Edison. Ya sabes cuáles. ¿Cosas feas con grandes bombillas en soportes de bronce? Siempre las tienes expuestas en tu ventana.

Empezó a mirar a su alrededor. Con su delgada nariz levantada al aire, le recordó a Lacey un pájaro.

Lacey no pudo evitar sospechar. La tienda de Taryn era elegante y simplista, con reflectores que irradiaban luz blanca sobre todo. ¿Para qué quería una lámpara rústica?

—¿Estás cambiando el estilo de la tienda?—Lacey preguntó con cautela, saliendo de detrás del escritorio y haciendo un gesto a Taryn para que la siguiera.

—Solo quiero inyectar un poco de carácter en el lugar—dijo la mujer mientras sus talones se movían detrás de Lacey—. Y por lo que puedo decir, esas lámparas están muy *guay* en este momento. Las veo por todas partes. En la peluquería. En la cafetería. Había como un millón de cosas en el salón de té de Brooke...

Lacey se congeló. Su corazón comenzó a golpear.

Solo la mención del nombre de su vieja amiga la llenó de pánico. Apenas había pasado un mes desde que su amiga australiana la persiguió blandiendo un cuchillo, tratando de silenciar a Lacey después de que se diera cuenta de que había matado a un turista americano. Los moretones de Lacey se habían curado, pero las cicatrices mentales aún estaban frescas.

¿Así que es por eso que Taryn estaba pidiendo una lámpara de Edison? No porque quisiera una, sino porque tenía una excusa para mencionar el nombre de Brooke y molestar a Lacey. Ella realmente era una mujer desagradable.

Perdiendo todo el entusiasmo por ayudar a Taryn, incluso si era una supuesta clienta, Lacey señaló con desgano hacia la esquina Steampunk, la sección de la tienda donde estaba su colección de lámparas de bronce.

—Por allí—murmuró.

Vio como la expresión de Taryn se agriaba mientras observaba el conjunto de gafas de aviador, los bastones para caminar, y el traje de acuático de tamaño natural. Para ser justos con ella, Lacey tampoco estaba muy interesada en la estética. Pero había un montón de individuos en Wilfordshire, del tipo de pelo largo y negro con capas de terciopelo, que visitaban su tienda con regularidad, así que se abasteció de artículos específicamente para ellos. El único problema era que la nueva sección

bloqueaba su vista, antes intacta, hacia la pastelería de Tom, lo que significaba que Lacey no podía seguir mirándolo cuando le apeteciera.

Con Taryn ocupada, Lacey aprovechó la oportunidad para mirar al otro lado de la calle.

La tienda de Tom estaba tan ocupada como siempre. Más ocupada, incluso, con el aumento de la cantidad de turistas. Lacey podía ver su figura de 1.80 metros dando vueltas, trabajando a hipervelocidad para cumplir las órdenes de todos. La luz del sol de junio hacía que su piel se viera aún más dorada.

Justo entonces, Lacey vio a la nueva asistente de Tom, Lucía. Había contratado a la joven hace unas semanas para tener más tiempo libre con Lacey. Pero desde que la chica había empezado a trabajar allí, la pastelería estaba más ocupada que nunca.

Lacey vio como Lucía y Tom casi se chocaron, luego ambos dieron un paso a la derecha, otro a la izquierda, tratando de evitar un choque pero terminando en una sincronización cómica. La rutina de comedia terminó con Tom haciendo una reverencia teatral, para que Lucía pudiera pasar a su izquierda. Él le mostró una de sus brillantes sonrisas mientras ella pasaba.

El estómago de Lacey se apretó al verlos. No pudo evitarlo. Los celos. Sospecha. Todas estas eran nuevas emociones para Lacey, que parecía haber adquirido solo desde su divorcio, como si su ex-marido las hubiera deslizado dentro de las páginas de sus documentos de divorcio para asegurarse de que sus futuras relaciones fueran lo más difíciles posibles. Eran sentimientos feos, pero ella no podía controlarlos. Lucía pasaba mucho más tiempo con Tom que con ella. Y el tiempo que pasaba con él era cuando él estaba en su mejor momento, creativo y productivo, en lugar de estar durmiendo viendo la televisión en su sofá. Todo se sentía desequilibrado, como si estuvieran compartiendo a Tom y las proporciones se inclinaban masivamente a favor de la joven.

—Bonita, ¿no es así?—llegó la voz de Taryn al oído de Lacey, como el diablo en su hombro.

Lacey se erizó. Taryn solo estaba revolviendo la olla como de costumbre.

—Muuuyyy bonita—añadió Taryn—. Debe volverte loca saber que Tom está allí todo el día con ella.

—No seas estúpida—dijo Lacey.

Pero la valoración de Taryn fue, para usar el modismo de Gina, “puñetazo”. Es decir, ella tenía toda la razón. Y eso solo hizo que Lacey se frustrara más.

Taryn sonrió levemente. Un brillo malévolo apareció detrás de sus ojos—. Sigo queriendo preguntar. ¿Cómo está tu español? Xavier, ¿no es así?

Lacey se erizó aún más—. ¡No es mi español!

Pero antes de que pudieran entrar en una pelea, el timbre sonó ruidosamente, y Chester comenzó a chillar.

Salvada por la campana, Lacey pensó, alejándose rápidamente de Taryn y sus sugerencias voraces.

Pero cuando vio quién estaba esperando, se preguntó si era un caso de salir de la sartén y entrar en el fuego.

Carol, del B&B, estaba de pie en el medio del piso de la tienda con una mirada de horror en su cara. Parecía asustada, y jadeaba como si hubiera corrido hasta aquí.

Lacey sintió que su estómago se tambaleaba. Una horrible sensación de déjà vu la superó. Algo había sucedido. Algo malo.

—¿Carol?—dijo Gina—. ¿Qué pasa? Parece que has visto un fantasma.

El labio inferior de Carol comenzó a temblar. Abrió la boca como si intentara hablar, pero luego la volvió a cerrar.

Desde atrás, Lacey escuchó el sonido de los tacones de Taryn mientras se apresuraba, presumiblemente queriendo una vista del drama que se desarrollaba.

La anticipación estaba matando a Lacey. Ella no podía soportarlo. El temor parecía estar inundando cada fibra de su cuerpo.

—¿Qué es, Carol?—exigió Lacey—. ¿Qué ha pasado?

Carol sacudió su cabeza vigorosamente. Respiró profundamente—. Me temo que tengo una noticia terrible...

Lacey se preparó.

CAPÍTULO DOS

¿Qué podría haber pasado?

¿Un accidente?

¿Un... *asesinato*?

¡Dios no lo quiera, no otro!

—¿Carol?—preguntó Lacey, sintiendo sus cuerdas vocales apretadas.

La mirada de miedo en los ojos de Carol mientras caminaba de un lado a otro de la tienda como si hubiera conducido su Volvo de segunda mano por el acantilado y se dirigiera hacia el océano. Sintió que sus manos comenzaron a temblar cuando una sucesión de recuerdos invadió su mente: El cuerpo de Iris tendido en el suelo de su mansión; la boca de Buck llena de arena mientras yacía muerto en la playa. A las imágenes intermitentes se unió el repentino chillido de las sirenas de la policía en sus oídos, y ese horrible y crujiente sonido de la manta plateada que los paramédicos envolvieron alrededor de sus hombros. Y finalmente, escuchó la voz del Superintendente Turner, haciendo eco de su advertencia en su mente: *“No abandone la ciudad, ¿de acuerdo?”*

Lacey agarró el mostrador para estabilizarse, preparada para cualquier noticia horrible que Carol estuviera a punto de dar. Apenas podía concentrarse en la mujer que andaba por la tienda.

—¿Qué es?—preguntó Gina con impaciencia—. ¿Qué ha pasado?

—Sí, por favor apúrate y deja caer tu bomba—dijo Taryn, perezosamente, agitando la lámpara Edison descuidadamente mientras hablaba—. Algunos de nosotros tenemos vidas a las que volver.

Carol finalmente dejó de caminar. Se giró para mirar a las tres, sus ojos estaban enrojecidos.

—Hay...—empezó a resoplar sus palabras—. ¡Un... un... un nuevo B&B!

Se hizo un silencio mientras las tres mujeres procesaban la revelación, o la falta de ella.

—¡Ja!—Taryn finalmente exclamó. Ella golpeó un billete de veinte libras en el mostrador al lado de Lacey—. Te dejo para que te ocupes de esta crisis. Gracias por la lámpara.

Y con eso, se alejó bailando un vals, dejando un aroma de perfume de cedro ahumado en su estela.

Una vez que se fue, Lacey volvió su atención a Carol, mirándola con incredulidad. Por supuesto, un nuevo B&B era una noticia terrible para *Carol*, que se enfrentaría a una competencia aún más dura que la que ella ya tenía, ¡pero no hacía ni una pizca de diferencia para Lacey! Y considerando la terrible desgracia que el pueblo había experimentado con el asesinato de Iris Archer y el más reciente asesinato de Buck, ¡ella debería saber mejor que ir corriendo por el pueblo gritando por algo tan trivial!

Todo lo que Lacey parecía capaz de hacer era parpadear. Su furia parecía haber dirigido su lengua directo a su paladar. La lengua de Gina, por otro lado, estaba tan suelta como siempre.

—¿*Eso* es todo?—gritó—. ¿Un B&B? ¡Casi me provocas un maldito ataque al corazón!

—Un B&B en Wilfordshire es una noticia terrible para todos—Carol gritó de nuevo, frunciendo el ceño ante la respuesta de Gina—. ¡No solo para mí!

—¿En serio?—dijo Lacey, encontrando finalmente su voz—. ¿Y por qué sería eso exactamente?

Carol le echó una mirada mortal—. Bueno, debería haber sabido que no lo entenderías. Eres una forastera, después de todo.

Lacey sintió que ardía de rabia. ¿Cómo se atrevía Carol a llamarla forastera? ¡Ella había estado aquí durante varios meses, y había contribuido a la ciudad local de muchas maneras! Su tienda era tan parte del atractivo de la calle principal como la de cualquier otro.

Abrió la boca para responder, pero antes de hacerlo, Gina cogió una caja de pañuelos del mostrador y se adelantó, creando una barrera física entre ella y Carol.

—¿Por qué no te sientas?—le dijo Gina a la dueña del B&B—. Hablemos de todo esto. —Luego le echó una mirada a Lacey que decía: *Yo me encargo de esto, porque estás a punto de estallar.*

Ella tenía razón. El pánico que el no evento de Carol había inducido en Lacey estaba empezando a disminuir, pero realmente podría haber prescindido de él en primer lugar. ¡Y ciertamente podría haberlo hecho sin que Carol la llamara una forastera! Si algo podía irritar a Lacey, era eso.

Mientras Gina guiaba a Carol a un sofá de cuero rojo, ofreciéndole un pañuelo de papel—. Toma uno de estos para tu nariz—Lacey se alejó e inhaló varias respiraciones tranquilas. Mientras lo hacía, Chester la miró y emitió un gemido compasivo.

—Estoy bien, muchacho—le dijo—. Solo un poco aturdida. —Se agachó y le dio una palmadita en la cabeza—. Ya estoy bien.

Chester gimió como si fuera una aceptación a regañadientes.

Fortalecida por su apoyo, Lacey fue al sofá para averiguar lo que realmente estaba pasando.

Carol estaba sollozando ahora. Gina lentamente puso los ojos en blanco hasta que su inexpresiva mirada se unió a la de Lacey. Lacey hizo un gesto con su mano. Gina rápidamente dejó su asiento.

Lacey se sentó al lado de Carol, el diseño del sofá la obligó a sentarse muslo con muslo con la mujer; mucho más cerca de lo que Lacey nunca elegiría si no fuera por las circunstancias.

—Es culpa de ese maldito nuevo alcalde—lamentó Carol—. ¡Sabía que era un problema!

—¿El nuevo alcalde?—dijo Lacey. Ella no sabía nada de que había un nuevo alcalde.

Carol volvió sus enojados ojos rojos hacia Lacey—. Ha hecho que la mitad este de la ciudad sea rezonificada. ¡Toda esa área más allá del club de canoas ha sido cambiada de residencial a comercial! ¡Va a hacer que construyan un centro comercial! ¡Lleno de horribles cadenas de tiendas sin carácter!—Su voz se volvió más y más incrédula—. ¡Quiere construir un parque acuático! ¡Aquí! ¡En Wilfordshire! ¡Donde llueve durante dos tercios del año! ¡Y luego va a construir esta monstruosidad de torre de observación! ¡Será una monstruosidad!

Lacey escuchó despotricar a Carol, aunque no entendía por qué era un problema tan grande. Tal como estaban las cosas en ese momento, casi nadie se aventuraba más allá del club de canoa. Era casi un espacio muerto. Incluso la playa de ese lado de la ciudad era escarpada. Desarrollar el área le pareció una buena idea, especialmente si iba a haber un B&B de clase alta para atender la zona. Y seguramente eso beneficiaría a todos los negocios de la calle principal, con el aumento del turismo.

Lacey miró a Gina para ver si su expresión podía dar alguna pista de por qué esta era supuestamente una crisis tan grande. En cambio, Gina apenas ocultaba la sonrisa en su rostro. Claramente, ella pensaba que Carol estaba siendo demasiado dramática, y si Gina pensaba que tú estabas siendo demasiado dramática, ¡entonces realmente tenías problemas!

—Ella es una persona muy ambiciosa de *Londres*—continuó despotricando—. Tiene 22 años. ¡Recién salida de la universidad!

Tomó otro pañuelo de la caja y se sonó la nariz ruidosamente, antes de devolverle la cosa empapada a Gina. La sonrisa se borró inmediatamente de la cara de Gina.

—¿Cómo hace una joven de 22 años para abrir un B&B?—dijo Lacey con un tono que era de asombro en lugar del desdén de Carol.

—Teniendo padres ricos, obviamente—Carol se burló—. Sus padres eran dueños de esa enorme casa de retiro en las colinas. ¿Conoces esa?

Lacey podía recordarlo, aunque apenas se había aventurado a hacerlo. Por lo que recordaba, era una propiedad muy grande. Se necesitaría una enorme renovación para convertirla de una casa de retiro anticuada a un B&B, sin mencionar algún desarrollo de la infraestructura. Era un buen paseo de quince minutos fuera de la ciudad y solo había dos autobuses por hora que servían a esa parte de la costa. Parecía mucho para una joven de 22 años.

—De todos modos—continuó Carol—. Los padres decidieron jubilarse anticipadamente y vender su cartera de jubilación, pero cada uno de sus hijos tuvo que elegir una propiedad para hacer lo que quisiera con ella. ¿Te *imaginas* tener veintidós años y que te *den* una propiedad? Tuve que trabajar hasta los huesos para empezar mi negocio y ahora la Pequeña Miss Cosa va a entrar y empezar el suyo así. —chasqueó los dedos agresivamente.

—Debemos considerarnos afortunadas de que se haya decidido por algo tan sensato como un B&B—dijo Gina—. Si me hubieran dado una casa enorme a su edad, probablemente habría abierto un club nocturno de 24 horas.

Lacey no pudo evitarlo. Soltó una carcajada. Pero Carol se hundió en lágrimas.

En ese momento, Chester decidió venir y ver de qué se trataba todo el alboroto. Apoyó su cabeza en el regazo de Carol.

«Qué dulce», pensó Lacey.

Chester no sabía que Carol estaba siendo dramática por nada. Solo pensó que era un humano en apuros que merecía algo de consuelo. Lacey decidió tomar una página de su libro.

—Me parece que estás entrando en pánico por nada—le dijo a Carol, en voz baja—. Tu B&B es un icono. Los turistas aman la casa de Barbie-pink en la calle principal tanto como las esculturas de ventana de Tom hechas con macarrones. Un lujoso B&B no puede competir con tu propiedad de época. Tiene su propio estilo peculiar y a la gente le encanta.

Lacey tuvo que ignorar el sonido de las risitas de Gina. Peculiar había sido una palabra cuidadosamente seleccionada para describir a todos los flamencos y helechos de palma, y podía imaginar las diferentes palabras que Gina habría elegido: llamativo, vulgar, chillón...

Carol miró a Lacey con ojos llorosos—. ¿De verdad lo crees?

—¡Claro! Y además, tienes algo que la Pequeña Señorita Cosa no tiene. Coraje. Determinación. Pasión. Nadie te dio el B&B en una bandeja, ¿verdad? ¿Y qué clase de londinense quiere establecerse en Wilfordshire a la madura edad de 22 años? Apuesto a que la Pequeña Miss Cosa se aburrirá pronto y se irá a pastos más verdes.

—O a pastos más grises—bromeó Gina—. Ya sabes, por todos los caminos de Londres... Que ella volverá a... oh, no importa.

Carol se recuperó—. Gracias, Lacey. Realmente me hiciste sentir mejor. —Se puso de pie y le dio una palmadita en la cabeza a Chester—. Tú también, querido perro. —Se frotó las mejillas con su pañuelo—. Ahora, será mejor que vuelva al trabajo.

Levantó la barbilla y se fue sin decir nada más.

Tan pronto como la puerta se cerró detrás de ella, Gina comenzó a reírse.

—Honestamente—exclamó—. ¡Alguien tiene que darle a esa mujer un toque de realidad! Ella está realmente en el negocio equivocado si piensa que una novata de 22 años es una amenaza. Tú y yo sabemos que esta chica londinense se irá de aquí tan pronto como tenga suficiente dinero para comprar un apartamento en Chelsea. —Sacudió la cabeza—. Creo que me tomaré un descanso ahora, si no te importa... Ya he tenido suficiente alboroto.

—Anda—dijo Lacey, justo cuando la puerta tintineaba para dar paso a otro cliente—. Yo me encargo de esto.

Gina se dio unas palmaditas en las rodillas para llamar la atención de Chester—. Vamos, chico, a pasear.

Él saltó y los dos se dirigieron a la puerta. La corta y delgada joven que acababa de entrar dio un amplio paso hacia la izquierda, a la manera de una persona que le teme a los perros esperando que salten y le muerdan.

Gina asintió con la cabeza. No tenía mucho tiempo para la gente a la que no le gustaban las mascotas.

Una vez que la puerta se cerró detrás de Gina y Chester, la chica pareció relajarse. Se acercó a Lacey, con su falda de retazos que se movía a medida que avanzaba. Junto con una chaqueta de punto de gran tamaño, su traje no parecía fuera de lugar colgado en el armario de Gina.

—¿Puedo ayudarla?—Lacey le preguntó a la mujer.

—Sí—dijo la joven. Tenía una energía tímida, su pelo castaño tímido que se extendía sin peinar sobre sus hombros, añadiendo un aire infantil, y sus grandes ojos que le daban una especie de aspecto de conejo en el faro—. Eres Lacey, ¿verdad?

—Así es.

Siempre Lacey se sentía desconcertada cuando la gente la llamaba por su nombre. Especialmente considerando lo que había pasado con Brooke...

—Soy Suzy—dijo la chica, extendiendo su mano para estrechar la de Lacey—. Voy a abrir un B&B en la costa. Alguien me dio tu nombre como un buen contacto para los muebles.

Lacey deseaba que Gina estuviera todavía aquí para poder intercambiar una mirada de sorpresa con ella, pero por desgracia estaba sola, y por eso estrechó la mano que le dio. No podía creer que este pequeño desliz de chica fuera la rica graduada londinense que había infundido tanto miedo a Carol. Apenas se veía de dieciséis años y era tímida como un ratón. Parecía que iba de camino a la iglesia, no a abrir un negocio.

—¿Qué es lo que estás buscando?—preguntó Lacey, enmascarando su sorpresa con cortesía.

La chica se encogió de hombros tímidamente—. No estoy realmente segura todavía, para ser honesta. Todo lo que sé es que no quiero nada moderno. La propiedad es demasiado grande para ser moderna. Se sentiría corporativo y sin alma, ¿sabes? Necesita sentirse acogedora. Lujosa. Única.

—Bueno, ¿por qué no caminamos por la tienda y vemos si podemos conseguir algo de inspiración?—dijo Lacey.

—¡Es una gran idea!—respondió Suzy, sonriendo con una sonrisa juvenil de exuberancia.

Lacey la llevó a la Esquina Steampunk—. Fui asistente de una diseñadora de interiores durante unos catorce años en Nueva York—explicó mientras Suzy comenzaba a revisar los estantes—. Te sorprenderá de los lugares donde puedes encontrar inspiración.

Suzy miraba con curiosidad el traje acuático. Lacey tuvo una repentina visión de un B&B con temática steampunk.

—Vamos por aquí—dijo apresuradamente, desviando la atención de Suzy hacia el Rincón Nórdico.

Pero nada en su sección de inspiración escandinava parecía despertar la emoción en Suzy, así que continuaron revisando por la tienda. Lacey había acumulado una gran colección de artículos durante sus cortos meses como anticuaria.

Caminaron a lo largo de la calle de las Lámparas antes de terminar en el Valle Vintage.

—¿Has visto algo que te llame la atención?—preguntó Lacey.

Suzy torció sus labios como si no estuviera segura—. En realidad no. Pero estoy segura de que podrás encontrar algo.

Lacey dudó. Pensó que el propósito de la visita a la tienda era encontrar algo en lo que Suzy se sintiera inspirada, ¡no ella!

—Lo siento—dijo Lacey, un poco perpleja—. ¿Qué quieres decir?

La joven estaba ocupada hurgando en su bolso de tela y evidentemente no la escuchó. Sacó un diario, hojeando las páginas, luego hizo clic en un bolígrafo y miró ansiosamente a Lacey—. ¿Estás libre mañana?

—¿Libre para qué?—preguntó Lacey, más confundida que antes.

—La renovación—dijo Suzy—. ¿Acaso no...?—dejó de hablar y sus mejillas se volvieron rojo brillante—. Diablos. Lo siento. —Rápidamente metió el bolígrafo y el diario en su bolso—. Soy nueva en todo esto de los negocios. Siempre me equivoco en el orden de las cosas. Déjame empezar por el principio. Mi plan es tener el B&B amueblado a tiempo para el espectáculo aéreo y...

—Déjame detenerte ahí mismo—interrumpió Lacey—. ¿Qué espectáculo aéreo?

—El show aéreo—repitió Suzy.

Por el ceño que había aparecido entre sus cejas, Lacey dedujo que era su turno de estar perpleja.

—¿El próximo sábado?—continuó la joven—. ¿Red Arrows? ¿Castillo de Brogain? ¿Realmente no sabes de qué estoy hablando?

Lacey estaba perpleja. Suzy bien podría estar hablando otro idioma—. Habrás adivinado por mi acento que no soy de por aquí.

—No, por supuesto. —Suzy se sonrojó de nuevo—. Bueno, los espectáculos aéreos son bastante comunes aquí en el Reino Unido. Hay espectáculos por toda la costa, pero el de Wilfordshire es una joya especial por el castillo de Brogain. Los Red Arrows hacen una formación muy emocionante al pasar sobre él, y cada estudiante de secundaria que estudia fotografía quiere venir y obtener una foto en blanco y negro del show. La yuxtaposición de la vieja y la nueva guerra. —imprimió las palabras en el aire con sus manos y se rió—. Lo sé, porque yo fui una de esos estudiantes de secundaria una vez.

«Hace cuatro años» pensó Lacey.

—También hay un millón de fotógrafos profesionales que vienen—Suzy continuó de una manera que le dejó claro a Lacey que era una divagadora nerviosa—. Es como una competencia, todos tratan de tomar LA fotografía, la que la junta de turismo comprará. Y *luego*, está la gente que viene a mostrar sus respetos a sus antepasados. Y todas las familias que solo quieren ver a los aviones haciendo acrobacias.

—Supongo que necesito repasar un poco la historia local—dijo Lacey, sintiéndose lamentablemente ignorante.

—Oh, solo soy una nerd de la historia, eso es todo—bromeó Suzy—. Me encanta pensar en cómo vivía la gente hace unas pocas generaciones. Quiero decir, no hace tanto tiempo que la gente iba a ir a cazar sus presas para su cena. Los victorianos en particular me fascinan.

—Los victorianos...—Lacey repitió—. Caza. —Chasqueó sus dedos—. ¡Tengo una idea!

Algo en el entusiasmo de Suzy había hecho que los polvorientos engranajes de la parte abandonada de la mente de Lacey volvieran a la vida. Llevó a Suzy a la sala de subastas y por el pasillo hacia la oficina.

Suzy observó con intriga cómo Lacey abría la caja fuerte y sacaba la caja de madera que contenía el mosquete, antes de abrir los pestillos, levantar la tapa y sacar cuidadosamente el arma antigua.

Suzy respiró hondo.

—Inspiración para tu B&B—dijo Lacey—. Cabaña de caza victoriana.

—Yo...— tartamudeó Suzy—. Es...

Lacey no podía decir si estaba horrorizada o asombrada.

—¡Me encanta!—estalló Suzy—. ¡Es una idea brillante! Ahora puedo verlo. Tartán azul. Terciopelo. Corderoy. Un fuego abierto. Paneles de madera. —sus ojos se habían maravillado.

—Y *eso* se llama inspiración—le dijo Lacey.

—¿Cuánto cuesta?—preguntó Suzy con entusiasmo.

Lacey vaciló. No había tenido la intención de vender el regalo de Xavier. Solo quería que fuera un trampolín creativo.

—No está a la venta—dijo.

El labio inferior de Suzy sobresalía por la decepción.

Lacey recordó entonces las acusaciones de Gina sobre Xavier. Si Gina pensaba que el mosquete era demasiado, entonces ¿qué pensaría Tom cuando se enterara? Tal vez sería mejor si ella se lo vendiera a Suzy.

—...todavía—agregó Lacey, tomando una decisión rápida—. Estoy esperando el papeleo.

La cara de Suzy se iluminó—. ¿Así que puedo reservarlo?

—Sí puedes—dijo Lacey, devolviendo la sonrisa.

—¿Y tú?—preguntó Suzy, con una risita—. ¿Puedo reservarte a ti también? ¿Como diseñadora de interiores? ¡Por favor!

Lacey dudó. Ella ya no se dedicaba al diseño de interiores. Dejó esa parte de su espalda en Nueva York con Saskia. Ahora se centraba en la compra y venta de antigüedades, aprendiendo a subastarlas y desarrollando su negocio. No tenía tiempo para trabajar para Suzy y llevar su propia tienda. Claro que podía poner a Gina a cargo, pero con el aumento del comercio turístico, dejarla a cargo de la tienda sola parecía un poco imprudente.

—No estoy segura—dijo Lacey—. Tengo mucho que hacer aquí.

Suzy se tocó el brazo para disculparse—. Por supuesto. Lo entiendo. ¿Qué tal si vienes y revisas el lugar mañana? ¿Ver si te gustaría tomar el proyecto una vez que tengas una mejor idea de él?

Lacey se encontró asintiendo con la cabeza. Después de todo lo que pasó con Brooke, pensó que sería más cautelosa de dejar entrar a gente nueva. Pero tal vez sería capaz de curarse de toda esa terrible experiencia después de todo. Suzy tenía una de esas personalidades infecciosas que era fácil de arrastrar. Sería una excelente mujer de negocios.

Tal vez Carol tenía razón en preocuparse.

—Supongo que no hay nada malo en echar un vistazo, ¿verdad?—dijo Lacey.

A esta hora la semana que viene, cuando Lacey recordaría este momento con Suzy en retrospectiva, el modismo de las *famosas últimas palabras* saltaría a su mente.

CAPÍTULO TRES

Lacey condujo a lo largo del paseo marítimo en su Volvo color champán, con las ventanas abiertas y un suave sol de mediodía que la calentaba. Se dirigía a la antigua residencia de ancianos, que pronto será el nuevo B&B de Wilfordshire, con una sorpresa para Suzy en el asiento del acompañante. No era Chester —su fiel compañero había estado demasiado contento roncando debajo de un rayo de sol como para ser molestado, y además, Lacey estaba bastante segura de que Suzy le tenía miedo a los perros— sino el mosquito de chispa.

Lacey no estaba segura de si estaba haciendo lo correcto al separarse de él. Cuando sostuvo el mosquito, sintió que le pertenecía, como si el universo le dijera que debía cuidarlo. Pero Gina había plantado un gusano en su oreja sobre Xavier y sus intenciones y no podía ver a través de las nubes.

—Supongo que ya es demasiado tarde—dijo Lacey con un suspiro. Ya había prometido vendérselo a Suzy, y parecería muy poco profesional retirarse de la venta ahora por nada más que una sensación extraña.

Justo entonces, Lacey pasó por delante del viejo salón de té de Brooke. Estaba todo tapado. La restauración que había hecho para transformar el viejo cobertizo de canoas en un restaurante de lujo se había echado a perder.

Pensar en Brooke hizo que Lacey se sintiera nerviosa, lo cual era lo último que necesitaba para añadir a la inquietud que ya sentía por separarse del mosquito.

Presionó el pedal hasta el fondo, acelerando con la esperanza de poder dejar atrás esos horribles sentimientos.

Pronto, Lacey llegó al lado este de la ciudad, el área menos poblada sin ser tocada por la expansión de las tiendas que se extendían de norte a sur y de oeste a centro, el área que, según Carol, el alcalde Fletcher iba a cambiar para peor.

En ese momento, Lacey vio el desvío que llevaba al antiguo Hogar de Retiro Sunrise y giró a la izquierda. El camino lleno de baches se inclinaba hacia arriba, y estaba bordeado de hayas tan altas que formaban un túnel que cortaba la luz del sol.

—Eso no es nada siniestro...—dijo Lacey sarcásticamente—. Ni en lo más mínimo.

Por suerte, los árboles pronto se ralearon, y la luz del día llegó a ella una vez más.

Lacey tuvo su primer vistazo de la casa anidada en las laderas. La mente de diseñadora de interiores se activó inmediatamente al evaluar el exterior. Era una mansión de tres pisos de ladrillos rojos de aspecto moderno. Supuso que era una propiedad de los años 30 que se había modernizado a lo largo de los años. El camino de entrada y el área de estacionamiento estaban hechos de concreto gris —funcional pero antiestético. Las ventanas de la mansión tenían marcos gruesos de plástico blanco, buenos para mantener alejados a los ladrones, pero un terrible adefesio. Se necesitarían más que unos pocos arbustos estratégicamente colocados para que el exterior pareciera una cabaña de caza victoriana.

No es que ese fuera un problema que Lacey debía resolver. Ella no había tomado ninguna decisión aún con respecto a la oferta de Suzy. Ella quería pedirle consejo a Tom, pero él estaba trabajando hasta tarde para cumplir con un pedido de última hora de magdalenas escarchadas para el espectáculo anual de verano de la YMCA local. También había puesto un mensaje en el chat que compartía con su madre y su hermana menor, y había recibido una respuesta de “*no trabajes demasiado*” de la primera, y un “*si está pagando un buen \$\$\$ entonces ve por ello*” de la segunda.

Lacey estacionó su auto en el estacionamiento de concreto, y luego subió los escalones que corren a lo largo de una gran y antiestética rampa para sillas de ruedas. El acceso de los discapacitados a la propiedad —y presumiblemente, dentro de ella— sería una gran ventaja. Ni el B&B de Carol ni el Coach House Inn eran adecuados para huéspedes discapacitados, tampoco tenían acceso externo desde las calles empedradas, ni tenían escaleras internas estrechas sin ascensor en el interior.

En lo alto de los escalones, Lacey llegó a un gran porche de cristal estilo conservatorio. Era tan de los 90 que le recordaba a un centro de ocio.

Las puertas se abrieron de golpe y ella entró, donde sus ojos fueron asaltados por una enorme extensión de linóleo, duras luces fluorescentes sobre la cabeza y horrible persianas de sala de espera colgadas en cada una de las ventanas. Un enfriador de agua hacía *glu, glu, glu* en la esquina junto a una serie de zumbidos de máquinas expendedoras.

Así que Suzy había estado subestimando cuánto trabajo había que hacer.

—¡Lacey! ¡Hola!—llegó la voz alegre de la joven.

Lacey se asomó y la vio aparecer desde detrás del mostrador de recepción, una enorme monstruosidad de madera falsa que parecía haber sido moldeada del propio edificio.

—Solo estaba comprobando la situación de los enchufes aquí atrás—explicó Suzy—. Greg, el planificador de eventos, necesita saber cuántos puntos de electricidad están disponibles. Es un dragón total, en serio. Si tuviera más tiempo, contrataría a alguien más. Pero los que ruegan no pueden elegir. Así que es Gruñón Greg. —sonrió.

—¿Para qué necesitas un planificador de eventos?—preguntó Lacey.

—La fiesta de lanzamiento, por supuesto—dijo Suzy.

Antes de que Lacey tuviera la oportunidad de preguntarle más sobre eso, Suzy salió del gran mostrador y la abrazó. La tomó por sorpresa. Pero a pesar del hecho de que apenas se conocían, Lacey encontró que se sentía muy natural. Era como si la joven fuera una vieja amiga, a pesar de que se conocieron hace menos de 24 horas.

—¿Puedo ofrecerte una taza de té?—preguntó Suzy. Entonces se ruborizó—. Lo siento, eres americana. Querrás café en su lugar, ¿verdad?

Lacey se rió—. En realidad, le tomé gusto al té desde que me mudé aquí. Pero estoy bien, gracias. —tuvo cuidado de no dejar que su mirada se dirigiera a la máquina expendedora, y al té aguado y de baja calidad que presumiblemente haría—. ¿Hacemos el recorrido?

—No pierdes el tiempo, me gusta eso—dijo Suzy—. Bien, obviamente esta es el área de recepción. —Abrió los brazos y sonrió con entusiasmo—. Como probablemente puedes ver, es básicamente un conservatorio que añadieron en los noventa. Más allá de derribarlo todo, no tengo ni idea de cómo hacer que esto parezca una cabaña victoriana, pero supongo que para eso está tu experiencia. Quiero decir, si decides trabajar para mí. —Se rió y señaló el conjunto de puertas dobles internas—. Por aquí.

Entraron en un largo y poco iluminado pasillo. Un conjunto de letreros de plástico brillante estaban atornillados en la pared señalando la “sala de TV”, el “comedor”, el “jardín” y la “estación de enfermeras”. Había un olor muy distintivo en el lugar, como a talco.

Lacey arrugó su nariz. La realidad de lo mucho que esto sería se estaba haciendo evidente, y Lacey sintió una sensación de que sería demasiado para aceptar.

Siguió a Suzy a la sala de televisión. Era un espacio enorme, poco amueblado, y con el mismo linóleo de madera falsa en el suelo. Las paredes estaban cubiertas de papel texturizado.

—Estoy pensando en convertir este cuarto en la sala de estar—comenzó Suzy, bailando un vals por el cuarto, con su falda gitana estampada fluyendo detrás de ella—. Quiero una chimenea abierta. Creo que hay una detrás de esta alcoba. Y podemos poner algunas cosas rústicas antiguas en esta esquina. —Hizo un vago gesto con los brazos—. O en esa. La que prefieras.

Lacey se sentía cada vez más insegura. El trabajo que Suzy quería que hiciera era más que un simple diseño interior. Ella ni siquiera tenía la disposición. Pero parecía ser una soñadora, que Lacey no podía dejar de admirar. Lanzarse a una tarea sin ninguna experiencia previa era la forma en que Lacey se desenvolvía, después de todo, y ese riesgo había valido la pena para ella. Pero la otra cara de la moneda era que Lacey no había tenido a nadie alrededor para ser la voz de la razón. Aparte de su madre y Naomi, que habían estado a un océano entero y a cinco horas de diferencia horaria, no había nadie que le dijera que estaba loca. Pero ser en realidad esa persona, ver a alguien lanzarse de

cabeza a una tarea casi imposible... Lacey no estaba segura de poder hacerlo. No tenía el corazón para traer a alguien a la tierra de un golpe y destrozar sus sueños, pero tampoco era del tipo que se quedaba atrás y miraba como el barco se hundía.

—Se puede acceder al comedor por aquí—dijo Suzy, de una manera fácil. Rápidamente llevó a Lacey a la siguiente habitación—. Mantendremos esta habitación como el comedor porque tiene acceso a la cocina por allí. —Señaló una puerta giratoria a su derecha—. Y tiene la mejor vista del mar aquí, y el césped.

Lacey no pudo evitar notar que Suzy ya estaba hablando como si fuera a tomar el trabajo. Se mordió el labio con ansiedad y se acercó a las puertas corredizas de vidrio que ocupaban todo el muro lejano. El jardín, aunque de varios acres, solo contenía hierba y unos pocos bancos colocados esporádicamente mirando hacia la vista del océano en la distancia.

—A Gina le encantaría esto—dijo Lacey sobre su hombro, buscando algo positivo.

—¿Gina?—preguntó Suzy.

—La señora que trabaja en mi tienda conmigo. Pelo crespo. Gafas rojas. Botas Wellington. Es una jardinera increíble. Esto sería como un lienzo en blanco para ella. —Ella miró hacia atrás a Suzy—. Trató de enseñarme a hacer un jardín, pero creo que aún soy demasiado neoyorquina para la vida de las plantas.

Suzy se rió—. Bueno, cuando sea el momento de hacer el jardín, llamaré a Gina.

Suzy continuó el rápido recorrido por la cocina, volvió al pasillo, al ascensor y a una de las habitaciones.

—Son de muy buen tamaño—dijo Suzy, mientras le hacía un gesto a Lacey para que entrara.

—Eso parece—respondió Lacey, calculando cuánto mobiliario se necesitaría para amueblarlos apropiadamente.

Necesitarían más que la cama, el armario y las mesitas de noche que la mayoría de las habitaciones tienen. Eran lo suficientemente grandes para un área separada de sofá y sillón, con mesa de café, y para un área de vestidor con un taburete tapizado. Lacey podía imaginárselo, pero iba a hacer falta mucha coordinación para que todo estuviera listo a tiempo para el espectáculo aéreo del sábado.

—¿Y cuántas habitaciones dijiste que había?—preguntó, mirando nerviosamente a la puerta y a lo largo del oscuro pasillo, que estaba lleno de puertas a ambos lados. No quería que Suzy se diera cuenta de cuánto trabajo habría que hacer para poner este lugar a punto, así que cuando volvió a la habitación, disimuló sus rasgos en algo más receptivo.

—Hay cuatrocientos metros cuadrados de alojamiento en total—explicó Suzy—. Seis habitaciones y una suite nupcial. Pero no tenemos que hacerlo todo de una sola vez. Solo el salón, el comedor y algunos de los dormitorios. Dos o tres servirían para empezar, creo.

Parecía tan relajada sobre todo el asunto, a pesar de no saber la cantidad exacta de dormitorios que quería amueblar.

—¿Y necesitas que todo esté listo a tiempo para el espectáculo aéreo del sábado?—preguntó Lacey, como si buscar una aclaración extra tuviera algún sentido.

—En realidad, el viernes—corrigió Suzy—. Es cuando voy a hacer la fiesta de lanzamiento.

Lacey recordó que Suzy mencionó a Gruñón Greg, el planificador de eventos, y la fiesta de lanzamiento, su pregunta sobre cuándo iba a ser se había perdido en el momento en que Suzy la había abrazado por sorpresa.

—Viernes...—Lacey repitió hipnóticamente, mientras seguía a Suzy fuera de la habitación y hacia el ascensor.

Las puertas se cerraron suavemente detrás de ellas y Suzy volvió sus ojos ansiosos hacia Lacey—. ¿Y? ¿Qué piensas?

El ascensor comenzó a descender, haciendo que el estómago de Lacey se revoliera.

—Tienes una gran joya aquí—dijo Lacey, eligiendo sus palabras cuidadosamente—. Pero el plazo de entrega es ajustado. Lo sabes, ¿verdad?

—Eso es lo que dijo Gruñón Greg—respondió Suzy, sus labios apretados, su tono se volvió más malhumorado—. Dijo que organizar un espectáculo completo de fuegos artificiales a tiempo para el viernes sería casi imposible.

Lacey se quedó callada, aunque lo que realmente quería decir era que conseguir un montón de fuegos artificiales era significativamente menos difícil que convertir una casa de retiro de cuatrocientos metros cuadrados en una cabaña de caza victoriana con muebles de época. Si el planificador de eventos pensó que el cambio era ajustado, entonces, ¿dónde la dejaba eso?

Las puertas del ascensor se abrieron y salieron juntas al pasillo principal, con su suelo de linóleo y un sinfín de carteles médicos y de señalización pegados en las paredes.

Lacey vio a Suzy mirándolos, como si los acabara de ver. Como si se le hubiera ocurrido cuánto trabajo se necesitaba para transformar este lugar. Por primera vez, parecía un poco abrumada. La preocupación comenzó a brillar en sus ojos.

—¿Crees que he mordido más de lo que puedo masticar?—preguntó, mientras se dirigían de nuevo al vestíbulo.

Los instintos de Lacey de no decepcionarla hicieron efecto.

—No voy a mentir—dijo cuidadosamente—. Será un trabajo muy duro. *Pero* creo que es posible. Ya tengo un montón de artículos que serían apropiados para el tema. Pero hay algunas cosas muy grandes que hay que priorizar antes de empezar a decorar.

—¿Cómo qué?—preguntó Suzy, agarrando un pedazo de papel, como si dependiera de cada palabra de experiencia de Lacey.

—Los pisos—comenzó Lacey, paseando por la habitación—. Este linóleo tiene que desaparecer. Se tiene que quitar ese horrible papel texturizado de las paredes. El techo de artex. Solo abrir la chimenea requerirá a todo un equipo...

—Así que, básicamente, ¿destripar el lugar y empezar de nuevo?—interrumpió Suzy, mirando hacia arriba desde sus notas.

—Más o menos. Y no tomes atajos. Cuando se trata de interiores, todo se trata de los pequeños detalles. Necesitas crear una fantasía. No un papel pintado falso hecho para que parezca un panel de madera. Si vas a usar paneles, hazlo real. Los falsos parecen baratos. Así que conseguir eso es una prioridad absoluta.

Suzy volvió a garabatear, asintiendo todo el tiempo que Lacey habló—. ¿Conoces a un buen manitas?

—Suzy, necesitas *diez* manitas—le dijo Lacey—. ¡Al menos! Y todo un equipo de fútbol de decoradores. ¿Tienes siquiera el presupuesto para todo esto?

Suzy miró hacia arriba—. Sí. Más o menos. No podré pagarle a nadie hasta que el hotel empiece a traer dinero, lo que podría hacer más difícil encontrar gente que acepte hacer el trabajo...

Su voz fue alejándose, mientras le mostraba a Lacey una mirada suplicante de cachorro.

Lacey se sintió incluso menos segura que antes. No recibir el pago por adelantado sería arriesgado, ya que tendría que conseguir un montón de mercancía que podría llegar a las decenas de miles de libras. Y tomar un proyecto tan grande cuando el tiempo de entrega era tan corto, y cuando ella tenía su propio negocio en que pensar, podía ser imprudente. Pero por otro lado, ella había disfrutado mucho del tour, y podía imaginarse cómo se vería el lugar lleno de piezas antiguas. También disfrutó el acceder a su antigua experiencia en diseño de interiores, y combinarla con su nuevo talento para las antigüedades. Suzy le estaba presentando una oportunidad única, y era una apuesta segura que el B&B obtendría beneficios muy rápidamente, de hecho. Sí, sería un enorme riesgo financiero, y una enorme pérdida de su tiempo y energía, pero ¿cuándo tendría Lacey una oportunidad como esta otra vez?

No estando lista para darle a Suzy una respuesta definitiva, Lacey dijo—: Espera.

Salió a su auto, tomó el mosquete de chispa de su caja y lo llevó de vuelta a la propiedad.

—¡El mosquete!—Suzy sonrió, sonriendo al verlo. Parecía tan emocionada de verlo como la primera vez que Lacey se lo mostró en la tienda el día anterior—. ¿Lo has traído? ¿Para mí?

—Sí—le dijo Lacey.

Lo colocó en el mostrador y abrió los pestillos.

Suzy metió la mano y lo sacó, pasando los dedos sobre el barril con cariño—. ¿Puedo alzarlo?

—Claro—dijo Lacey.

Suzy lo levantó y adoptó una postura de tiro. Parecía una especie de profesional, tanto que Lacey estaba a punto de preguntarle si alguna vez había cazado. Pero antes de que tuviera la oportunidad, llegó el sonido de las puertas automáticas del vestíbulo abriéndose detrás de ellas.

Lacey se giró para ver a un hombre con un traje oscuro entrando a zancadas por las puertas. Detrás de él iba una mujer con un traje ejecutivo de color carmesí oscuro. Lacey reconoció a la mujer de las reuniones del pueblo. Era la concejala Muir, su diputada local.

Suzy también se arremolinó, con el mosquete aún en la mano.

Al verlo, el hombre del traje se abalanzó sobre la concejala Muir de forma protectora.

—¡Suzy!—gritó Lacey—. ¡Baja el mosquete!

—¡Oh!—dijo Suzy con sus mejillas en llamas.

—¡Es solo una antigüedad!—dijo Lacey al hombre de seguridad, que aún estaba rodeando protectoramente a la concejala Muir.

Finalmente, con un poco de vacilación, la soltó.

La concejala alisó su traje y le dio una palmadita en el pelo—. Gracias, Benson—le dijo con dureza al ayudante que estaba a punto de recibir una bala por ella. Parecía avergonzada más que nada.

—Lo siento, Joanie—dijo Suzy—. Por apuntarte un arma a la cara.

«¿Joanie?» pensó Lacey. Era una forma muy familiar de dirigirse a la mujer. ¿Se conocían las dos a nivel personal?

La concejala Muir no dijo nada. Su mirada se dirigió a Lacey—. ¿Quién es ella?

—Ella es mi amiga Lacey—dijo Suzy—. Ella va a decorar el B&B. Con suerte.

Lacey se adelantó y le dio la mano a la concejala. Nunca la había visto de cerca, solo hablando desde el podio del ayuntamiento, o en el volante ocasional que se colocó en el buzón de la tienda. Tenía cincuenta años, más que en su foto de relaciones públicas; las líneas alrededor de sus ojos la delataban. Se veía cansada y estresada, y no tomó la mano extendida de Lacey, ya que sus brazos estaban llenos sujetando un grueso sobre de manila.

—¿Es esa mi licencia de negocios?—gritó Suzy de emoción cuando lo notó.

—Sí—dijo la concejala Muir apresuradamente, empujándolo hacia ella—. Solo venía a dejarla.

—Joanie arregló todo esto para mí tan rápido—le dijo Suzy a Lacey—. ¿Cuál es la palabra? ¿Agilizar?

—Acelerar—uno de los ayudantes se puso en marcha, ganándose una mirada aguda de la concejala Muir.

Lacey frunció el ceño. Era muy inusual que un concejal entregara en mano licencias de negocios. Cuando Lacey solicitó la suya, tuvo que rellenar muchos formularios en línea y sentarse en su sórdido edificio del ayuntamiento a esperar que le llamaran al número de su ticket, como si estuviera en la cola de la carnicería. Se preguntó por qué Suzy recibiría el tratamiento de alfombra roja. ¿Y por qué ya se llamaban por su nombre de pila?

—¿Se conocen de algún sitio?—preguntó Lacey, aventurándose a averiguar cuál era el trato aquí.

Suzy se rió—. Joan es mi tía.

—Ah—dijo Lacey.

Eso tenía mucho sentido. La concejala Muir había aprobado el trabajo urgente de cambiar una casa de retiro a un B&B porque tenía una conexión familiar con Suzy. Carol tenía razón. Había mucho nepotismo en juego aquí.

—Ex tía—corrigió la concejala Muir, a la defensiva—. Y no por sangre. Suzy es la sobrina de mi ex marido. Y eso no tuvo nada que ver con la decisión de conceder la licencia. Ya es hora de que Wilfordshire tenga un B&B de tamaño decente. El turismo aumenta año tras año, y nuestras instalaciones actuales no pueden satisfacer la demanda.

Era evidente para Lacey que la concejala Muir intentaba desviar la conversación del evidente trato preferencial que se le había dado a Suzy. Pero realmente no era necesario. No cambiaba la opinión de Lacey sobre Suzy, ya que no era su culpa que estuviera bien conectada, y en lo que a Lacey respectaba, mostraba buen carácter el hecho de usar sus conexiones para hacer algo en lugar de dormirse en los laureles. Si alguien salía mal parado, era la propia concejala Muir, y no porque hubiera usado su posición influyente para conceder un gran favor a la sobrina de su ex-marido, sino porque estaba siendo muy sospechosa y evasiva al respecto. ¡No era de extrañar que las Carol de Wilfordshire se opusieran tanto al proyecto de desarrollo del este!

La concejala vestida de carmesí seguía soltando sus excusas—. La ciudad tiene suficiente demanda para dos B&B de este tamaño, especialmente si se tiene en cuenta todo el comercio extra que obtendremos por traer de vuelta al viejo club de tiro.

Lacey se interesó inmediatamente. Pensó en la nota de Xavier y su sugerencia de que su padre venía a Wilfordshire en los veranos a disparar.

—¿El viejo club de tiro?—preguntó.

—Sí, el de la mansión Penrose—explicó la concejala Muir, haciendo un gesto con el brazo en dirección oeste, donde la finca se encontraba al otro lado del valle.

—Había un bosque allí una vez, ¿verdad?—se acercó Suzy—. ¡Oí que Enrique VIII hizo construir la cabaña de caza para poder venir a cazar jabalíes!

—Así es—dijo la concejala con una inclinación de cabeza—. Pero el bosque fue finalmente talado. Como en muchas fincas inglesas, los nobles comenzaron a cazar aves de caza una vez que se inventaron las armas, y eso se convirtió en la industria tal y como la conocemos ahora. Hoy en día los criadores crían ánades reales, perdices y faisanes solo para disparar.

—¿Qué hay de los conejos y las palomas?—preguntó Lacey, recordando el contenido de la carta de Xavier.

—Se pueden cazar todo el año—confirmó la concejala Muir—. El club de tiro de Wilfordshire enseñaba a los aficionados durante la temporada baja, y practicaban con palomas y conejos. No es exactamente glamoroso, pero hay que empezar por algún lado.

Lacey dejó que la información se filtrara en su mente. Encajaba exactamente con lo que Xavier había dicho en la carta, y no pudo evitar creer que su padre realmente había venido a Wilfordshire en los veranos a disparar en la Mansión Penrose. Si a eso se le sumaba la foto que había visto de su padre y de Iris Archer, la antigua propietaria, parecía aún más probable.

¿Era por eso que el arma le resultaba tan familiar, porque en algún lugar de su mente tenía recuerdos a los que no había podido acceder?

—No sabía que había una cabaña de caza en la Mansión Penrose—dijo—. ¿Cuándo dejó de funcionar el club de tiro allí?

—Hace una década—respondió la concejala Muir. Tenía un tono cansado, como si prefiriera no tener esta conversación—. Cesaron las operaciones por...—Se detuvo, evidentemente buscando las palabras más diplomáticas—...mala gestión financiera.

Lacey no podía estar segura, pero parecía haber un aire de melancolía en la concejala, como si tuviera algún tipo de conexión personal con el club de tiro y su desaparición una década atrás. Lacey quería preguntar más, para averiguar si podría haber más pistas que la llevaran de vuelta a su padre, pero la conversación había avanzado rápidamente, con el entusiasmo de Suzy—. ¡Así que ves cuánto potencial sin explotar hay aquí, y por qué deberías subirte a bordo del proyecto!

La concejala asintió con la cabeza a su manera—. Si se le está dando la oportunidad de participar en la renovación del este de Wilfordshire—dijo—sin duda yo la aprovecharía. El B&B es

solo el comienzo. El alcalde Fletcher tiene grandes planes para esta ciudad. Si se hace de reputación, estará en la cima de los contactos de todos cuando se trate de futuros proyectos.

Lacey ciertamente estaba cada vez más intrigada por la oferta de trabajo. No solo por el enorme potencial de sacar su nombre a la luz, potencialmente ganando un buen beneficio al mismo tiempo, sino por lo conectada que se sentía con Wilfordshire, y su padre a su vez. Se preguntó si su padre había visto todo el potencial de la ciudad en los días en que la visitó. Tal vez por eso había venido aquí en primer lugar, porque vio una oportunidad de negocio y quería invertir.

«O porque quería huir de su matrimonio y familia y establecerse en un lugar más adecuado para él» pensó Lacey.

—Ahora, debo irme—dijo la concejala Muir, llamando a su séquito. Saltaron inmediatamente—. Tengo una consulta que atender. Los lugareños están furiosos por la propuesta de peatonalización de la calle principal. Honestamente, pensarían que he aprobado que se vierta lava en las calles por la forma en que están actuando. —le dio a Suzy un rápido y eficiente asentimiento, y luego se fue.

Tan pronto como se fue, Suzy se volvió hacia Lacey con una mirada ansiosa en su rostro, ahora agarrando en sus manos el sobre de manila que contenía su licencia de negocios.

—¿Y?—preguntó—. ¿Qué dices? ¿Quieres participar?

—¿Puedo tener un poco de tiempo para decidirme?

—Claro. —Suzy se rió—. Abrimos en una semana. Tómate todo el tiempo que quieras para decidirte.

*

Lacey abrió la puerta de la tienda de antigüedades. Boudica y Chester se acercaron a saludarla. Ella les acarició en las cabezas como repuesta.

—Has vuelto—dijo Gina, mirando hacia arriba desde la revista de jardinería que había estado hojeando—. ¿Cómo te fue con la niña prodigio?

—Fue interesante—dijo Lacey. Se acercó y tomó un taburete en el escritorio a su lado—. Es un lugar increíble, con mucho potencial. Y la concejala parece pensar lo mismo.

Gina cerró su revista de jardinería—. ¿Concejala?

—Sí, la concejala Muir—le dijo Lacey—. Es la tía de Suzy. Todo este asunto del B&B parece ser parte de los planes del alcalde Fletcher para renovar el este de Wilfordshire. No es que sea culpa de Suzy, pero la hace parecer aún más fuera de su alcance. Quién sabe cómo es su verdadero plan de negocios, o si solo fue aprobado por su tía.

Gina se golpeó la barbilla—. Hmm. Así que Carol estaba en algo después de todo.

—En cierto modo.

—Pero dejando todo eso de la política a un lado—añadió Gina, girando en su taburete para que estuviera directamente frente a Lacey—. ¿Qué significaría para ti involucrarte?

Lacey hizo una pausa. Un pequeño parpadeo de entusiasmo se encendió en su estómago. Si dejaba de lado todas las dudas persistentes, era una oportunidad increíble.

—Significa que tendría la responsabilidad de amueblar una propiedad de 400 metros cuadrados con piezas de época. Para un amante de las antigüedades, eso es básicamente el paraíso.

—¿Y el dinero?—preguntó Gina.

—Oh, traería un *montón* de dólares. Estamos hablando de miles de libras de inventario. Un comedor entero. Un vestíbulo. Un bar. Seis habitaciones y una suite nupcial. Es un emprendimiento enorme. Añade a eso el potencial para más trabajo en el futuro, sacando mi nombre a la luz, y el hecho de que tener un B&B para ocasiones especiales como el show aéreo tendrá un efecto positivo en el resto de la ciudad...

Gina estaba empezando a sonreír—. Me parece que te has convencido a ti misma.

Lacey asintió sin compromiso—. Tal vez lo he hecho. ¿Pero no sería una locura? Quiero decir, ella quiere que se haga a tiempo para el show aéreo. ¡Que es el sábado!

—¿Y desde cuándo trabajar duro te asusta?—preguntó Gina descaradamente. Hizo un gesto con los brazos hacia la tienda de antigüedades—. Mira todo lo que ya has conseguido trabajando duro.

Lacey era demasiado modesta para aceptar el cumplido, pero el sentimiento podía respaldarlo. Se había convertido en una tomadora de riesgos. Si no hubiera dejado su trabajo en Nueva York y tomado el primer vuelo a Inglaterra, nunca habría construido esta maravillosa vida para sí misma. Sería una divorciada miserable, que seguiría yendo a buscar café para Saskia como una interna en lugar de una asistente con 14 años de experiencia. Asumir este trabajo con Suzy era el tipo de cosa por la que Saskia lucharía con los dientes y las uñas. Solo eso era una razón para hacerlo.

—Creo que sabes qué hacer—dijo Gina. Tomó el teléfono y lo descolgó frente a Lacey—. Llama a Suzy y dile que estás a bordo.

Lacey miró fijamente el teléfono, mordiéndose el labio inferior—. ¿Pero qué hay de todos los costos?—dijo—. Tanto inventario en tan poco tiempo será una salida masiva de una sola vez. Mucho más de lo que normalmente gastaría en existencias.

—Pero te pagarán por ello, ¿no?—dijo Gina.

—Solo después de que el B&B empiece a ganar dinero.

—Lo cual es un hecho, ¿no? Así que se puede obtener un beneficio a tiempo. —Gina empujó el teléfono hacia Lacey—. Creo que estás buscando excusas.

Tenía razón, pero eso no impedía que Lacey encontrara otra.

—¿Qué hay de ti?—dijo—. ¿Tendrías que cuidar de la tienda durante toda una semana? No tendré tiempo para hacer nada más.

—Puedo llevar la tienda perfectamente bien por mi cuenta—le aseguró Gina.

—¿Y Chester? Tendría que quedarse contigo mientras yo trabajo. A Suzy no le gustan los perros.

—Creo que puedo manejar a Chester, ¿tú no?

Lacey miró de Gina al teléfono y de vuelta. Luego, en un rápido movimiento, extendió la mano, tomó el auricular y le marcó el número de Suzy.

—¿Suzy?—dijo al segundo que contestó—. He tomado mi decisión. Estoy dentro.

CAPÍTULO CUATRO

—¡Oh, Percy, son maravillosos!—Lacey habló al teléfono, mirando la caja abierta llena de tenedores de plata que acababa de recibir de su anticuario favorito de Mayfair. Estaba en la apretada oficina de la tienda, rodeada de carpetas llenas de listas de control, bocetos, paneles de tendencias, dibujos de detalles y un montón de tazas manchadas de café.

—Todos están embalados en sets completos—explicó Percy—. Ensalada, sopa, pescado, cena, postre y ostras.

Lacey sonrió ampliamente—. No sé si Suzy planea servir ostras, pero si los victorianos tenían tenedores para ostras en sus mesas, entonces mejor que los tengamos en la nuestra.

Escuchó la risa del viejo Percy a través del altavoz—. Suena muy emocionante—dijo—. Debo decir que no es frecuente que reciba un pedido de *algo que tengas que sea victoriano*.

—Sí, bueno—dijo Lacey—. ¡Estoy segura de que no es frecuente que uno de tus compradores se encargue de convertir una casa de retiro en un B&B de temática victoriana en una semana!

—Dime, ¿estás logrando dormir algo?

—Unas sólidas cuatro horas por noche—bromeó Lacey.

A pesar de lo duro que había estado trabajando, encontró todo el proyecto emocionante hasta ahora. Apasionante, incluso. Era como un misterio que solo ella podía resolver, con un reloj corriendo en la esquina.

—No te entierres—dijo Percy, siempre el alma gentil.

Terminó la llamada, agarró un rotulador, y puso una gran marca junto a “utensilios”. Estaba a la mitad de su lista ahora, habiendo conseguido unos cien favores, condujo a través del país hasta Bristol y Bath para recoger algunas piezas particularmente excepcionales, y luego salió del país hasta Cardiff solo para una preciosa fuente de piedra que quedaría perfecta en el vestíbulo.

El vestíbulo había demostrado ser el más difícil de diseñar de todas las habitaciones. Su arquitectura era básicamente un conservatorio. Lacey se había inspirado en las estructuras victorianas como el Palacio de Alexandra en Londres y los invernaderos de Kew Gardens. Suzy tenía a los decoradores allí ahora mismo, rompiendo el piso de linóleo, sacando las persianas de la sala de espera del dentista, y cubriendo el marco de plástico blanco con finas hojas de metal flexible, pintadas de negro para que parecieran de hierro.

Hasta ahora, el trabajo había sido divertido, incluso con la privación del sueño y los largos viajes en coche. Pero la mella en su saldo bancario era un poco alarmante. Lacey había coleccionado miles y miles de libras de muebles, todos perfectos para encajar con el tema de la cabaña de caza de Suzy. Y aunque sabía que Suzy pagaría la cuenta tan pronto como devolviera el dinero, le incomodaba ver la enorme caída de su cuenta. Especialmente considerando el trato que hizo con Iván sobre la hipoteca de Crag Cottage. Odiaría tener que dejar de pagar al dulce hombre que le vendió la casa de sus sueños, pero si la cuenta de Suzy no se pagaba a finales de junio, se vería obligada a hacerlo.

¡Solo el mosquete valía 5.000 libras! Lacey casi se ahogó con su capuchino cuando investigó su valor para añadirlo a la cuenta de Suzy, e inmediatamente envió un mensaje a Xavier sugiriéndole enviarle algo de dinero. Pero él respondió con “es un regalo” lo que la hizo sentir mal por haberlo vendido inmediatamente. Pero no demasiado mal. Porque, ¿qué hombre envía inocentemente una valiosa antigüedad a una mujer sin tener ciertos pensamientos en su mente? Lacey estaba empezando a aceptar que Gina podría haber estado en lo cierto sobre las intenciones de Xavier, y decidió que era mejor minimizar su contacto con él. Además, tenía toda una nueva pista que seguir en la búsqueda de su padre ahora, con el antiguo club de tiro de la Mansión Penrose, así que Xavier no era el salvavidas que había sido.

En la parte principal de la tienda, Lacey podía oír a Gina dando vueltas. Hasta ahora, la mujer mayor se había mantenido al día con las exigencias de su nuevo horario bastante bien. Su veto sobre

el levantar de cosas pesadas había sido suspendido temporalmente, y aunque a Gina no le importaba, Lacey se preocupaba por hacer que una pensionista trabajara tanto.

En ese momento, Lacey escuchó la campana en la otra habitación, y fue seguida por los suaves y felices gritos de Chester y Boudica. Lacey supo inmediatamente que eso significaba que Tom había llegado. Dejó lo que estaba haciendo y se apresuró a la planta principal de la tienda.

Por supuesto, su novio estaba allí, alimentando a los perros con algarrobas especiales. Él miró hacia arriba al sonido de ella y le mostró una de sus hermosas sonrisas.

Parecían años desde la última vez que Lacey lo vio o habló con él. Había estado demasiado ocupado haciendo magdalenas de arco iris, y ella estaba muy metida en las antigüedades victorianas. Entre los dos, ni siquiera habían tenido un momento libre para enviar un texto, ¡y mucho menos estar en el mismo lugar al mismo tiempo!

Lacey corrió hacia él y le dio un beso en los labios.

—Querido mío—dijo apresuradamente—. Ha pasado tanto tiempo. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Es jueves—dijo simplemente—. Día de la cita para almorzar.

Con sus apretadas agendas, acordaron hacer una pausa en sus descansos diarios y volver a un almuerzo semanal un poco más manejable los jueves. Pero ese plan se había hecho antes de que ambos asumieran sus contratos de última hora, y Lacey asumió que no sería posible para ambos. Rápidamente permitió que se le olvidara gracias la larga lista de productos victorianos que tenía que conseguir.

—¿Lo has olvidado?—preguntó Tom.

—Yo no diría que lo olvidé exactamente—dijo Lacey—. Es solo que ambos estamos tan ocupados...

—Oh—dijo Tom, la decepción en su voz era bastante evidente—. Estás cancelando.

Lacey se sentía fatal. Ni siquiera se había dado cuenta de que tenía algo que cancelar en primer lugar. Pero no debería haber asumido que Tom simplemente apartaría sus planes por completo. Aparentemente, solo ella era lo suficientemente insensible para hacer eso.

—Lo siento mucho—dijo Lacey, tomando su mano y dándole un jugueteón tirón—. Sabes que mañana tendremos la gran inauguración del Lodge. Estaré literalmente trabajando a fondo durante las próximas 24 horas para terminar todo. Probablemente ni siquiera tenga tiempo de dormir esta noche, así que apenas puedo dedicar una hora a la comida. —se mordió el labio, llena de culpa.

Tom pareció apartar la mirada. Obviamente ella había herido sus sentimientos.

—Es un almuerzo—le prometió Lacey—. Solo tengo este último obstáculo. Entonces, después de la fiesta de mañana por la noche, volveré a mi horario normal. Y habrás terminado con la bonanza de las magdalenas, o como se llame...

—...*Extravaganza*—murmuró Tom.

—Correcto. Eso. —Lacey movió sus manos de un lado a otro, tratando de mantener su tono ligero y alegre—. Entonces volveremos a la normalidad. ¿De acuerdo?

Por fin, Tom asintió. Ella no lo había visto tan abatido antes. En cierto modo, era algo alentador, especialmente considerando lo preocupada que estaba por superar lo de Lucía. Resultó ser un muy buen antídoto para los celos, ya que estaba tan privada de sueño que era prácticamente un autómata.

—Oye, ¿sabes qué? Deberías venir a la fiesta—dijo Lacey. Se sentía mal por no haber pensado en invitarlo antes. Se suponía que iba a ser una gran inauguración después de todo, con fuegos artificiales, comida, invitados distinguidos y todo eso.

—¿Yo?—dijo Tom—. No creo que un chef repostero sea lo suficientemente culto para el Lodge.

—Tonterías—dijo Lacey—. Además, nunca te he visto con un esmoquin, y apuesto a que te ves fabuloso.

Ella vio un travieso destello volver a los ojos de Tom, recordándole al Tom que conocía y amaba, en vez de a este hosco y descontento.

—Bueno, siempre y cuando a Suzy no le importe—dijo—. Pero no puedo quedarme hasta tarde. Luce y yo tenemos que empezar a hornear mañana a las seis de la mañana.

—¿Luce?—Lacey repitió. Luego se dio cuenta de que se refería a Lucía.

¿Le había puesto un apodo? Uno que sonaba notablemente similar al apodo que la propia Lacey le había pedido que no la llamara, ya que era el mismo que usaba su ex-marido: Luce.

De repente, el sentimiento de inquietud de Lacey sobre la joven volvió a ella con la fuerza de un vendaval. Demasiado para su teoría de estar demasiado cansada para estar celosa.

—Oye, esa es una idea. ¡Debería llevar a Luce a almorzar hoy!—dijo Tom, aparentemente sin darse cuenta del tono ligeramente incrédulo que Lacey no había logrado ocultar—. Sabes, como agradecimiento por todo su duro trabajo. Hemos estado literalmente a tope desde que la contraté, y he tenido que meterla de cabeza. Ha sido una gran curva de aprendizaje y ella lo ha tomado todo con calma. Es una joven bastante notable, de verdad.

Lacey sintió sus manos apretando los puños mientras escuchaba a Tom hablar de la mujer que acababa de decidir llevar a almorzar en vez de ella. Mil emociones se arremolinaron en sus entrañas. Decepción, por supuesto, porque se estaba perdiendo el pasar tiempo con su persona favorita. Celos, también, de que otra persona estuviera llamando su atención en su lugar. Pero era más que eso, y más profundo. Sus celos no eran solo porque otra *persona* estaba llamando la atención de Tom, sino porque otra *mujer* lo estaba haciendo. Una “joven bastante notable”, sin embargo, con su piel sin arrugas, su personalidad siempre optimista, y sus dientes blancos y perfectamente alineados. Luego, además de los celos, se añadió la vergüenza, porque ¿qué pensaría la gente de aquí? Si vieran a Tom almorzar con una joven y bonita mujer, ¿cuánto tiempo tardaría la fábrica de rumores en empezar a agitarse? ¿Taryn, por ejemplo, tendría un festín!

—¿Quién cuidará de la pastelería?—preguntó Lacey, agarrándose desesperadamente a cualquier excusa para evitar que suceda—. Si tú y *Luce* salen a almorzar... juntos.

—Paul, obviamente—respondió Tom, un ceño fruncido confuso apareciendo entre sus cejas.

Por un momento, Lacey se preguntó si su ceño era una señal de que el siempre indiferente Tom había captado el trasfondo.

—Aunque hoy estaba particularmente torpe—continuó Tom—. Mezcló el batidor y la espátula. Realmente hay algo que no está bien conectado con ese chico.

Así que frunció el ceño por la falta de sentido común de Paul, más que por su relación. Por supuesto que sí. Conociendo el tipo de personaje que era Tom, probablemente no tenía idea de que Lacey estaba celosa de Lucía, ni tenía idea de *por qué* podría estarlo. Pero desde la perspectiva de Lacey, le resultaba enloquecedor que tales pensamientos no se cruzaran por la mente de Tom, porque la hacía parecer una loca señalándolo.

—Probablemente no es una buena idea dejarlo a cargo entonces, ¿verdad?—dijo Lacey—. Quiero decir, ese es el objetivo de Lucía, ¿verdad? Asegurarse de que alguien que no sea Paul pueda dirigir la tienda.

Tom se rascó la parte de atrás de su cabeza contemplativamente—. Sí, probablemente tengas razón.

Por un breve momento, Lacey sintió que su pecho se elevaba con alivio.

—Pero Luce se merece un regalo. Y estoy seguro de que Paul no quemará el lugar en una hora. Se rió jovialmente, como si el asunto se hubiera resuelto.

Lacey sintió que sus hombros se desplomaban. Pero no valía la pena el alboroto de momento. No quería parecer paranoica y necesitada, especialmente cuando no tenían tiempo para una conversación adecuada sobre la relación por lo menos durante unos días más. Mejor dejarlo pasar, y abordarlo más tarde cuando tuviera más energía.

—Bueno, disfruta tu almuerzo—dijo Lacey, besándolo en la mejilla—. Te saludaré a través de las ventanas si tengo la oportunidad.

Tom se rió. La tomó en sus brazos y le dio un largo y prolongado beso. Lacey lo aceptó, sabiendo que tendría que durarle durante mucho tiempo.

Vio a Tom salir por las puertas de cristal. Al mismo tiempo, la enorme camioneta de transporte de antigüedades llegó y se detuvo fuera de su tienda. Era grande, pero con la cantidad de cosas que había que llevar de su tienda al B&B, Lacey estaba segura de que tendrían que hacer al menos dos o tres viajes. Iba a ser un día muy largo y agotador.

Mientras los hombres bajaban de la camioneta y comenzaban a caminar hacia su tienda, Lacey sintió que su teléfono celular vibraba en su bolsillo. Lo sacó y vio que el nombre de Suzy se le apareció.

Ella respondió a la llamada.

—¿Dónde estás?—preguntó Suzy.

Sonaba apurada. Durante toda la semana, su alegre exterior había empezado a decaer. Lacey no podía culparla. Había sido mucho trabajo para ella. No podía imaginar cuánto estrés tenía la joven inexperta en este momento.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.